

## HOMILÍA FINAL ENCUENTRO VOCACIONAL – CONFER

Queridos hermanos y hermanas:

El acto central de este gran encuentro es la Eucaristía que estamos celebrando. La naturaleza del encuentro postula una lectura de la dimensión vocacional contenida en los textos bíblicos proclamados. En la primera Yahvé elige y llama a un rey pagano y extranjero como instrumento de la liberación de Israel. *“Por amor a Israel mi elegido te llamé por tu nombre”*. En la segunda, Pablo agradece a Dios Padre no solo la llamada (la elección) que ha dirigido a los tesalonicenses, sino la respuesta generosa de estos: *“la actividad de vuestra fe, el esfuerzo de vuestro amor y el aguante de vuestra esperanza”*. En suma, la intensa vida teologal de aquella comunidad. En el evangelio Jesús elude hábilmente la cuestión capciosa y peligrosa que se le ha formulado y afirma enérgicamente el mensaje central: lo primero es *la soberanía de Dios y la urgencia de su Reino* que se merecen toda nuestra entrega. Es el mensaje que interioriza todo aquel que, llamado por el Señor, responde generosamente a Él.

Este encuentro es un verdadero acontecimiento eclesial en el que ha resonado continuamente la palabra “vocación”. Es justo que siga resonando en su momento cumbre, en la Eucaristía. En el contexto de las lecturas escuchadas, es bueno que enriquezcamos nuestra vivencia vocacional demorándonos unos minutos en recoger condensadamente el mensaje bíblico sobre la vocación.

El Antiguo Testamento conoce una vocación fundamental: la de Israel. Al servicio de esta vocación llamará especialmente Yahvéh a grandes líderes (Abraham, Moisés) y a grandes profetas (Isaías, Jeremías, Ezequiel). El Nuevo Testamento conoce asimismo una vocación por excelencia: la vocación cristiana. Al servicio de ella Dios llama especialmente a María y a los Apóstoles. *“He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto”* escuchará Moisés. *“Antes de formarte en el vientre te constituí profeta de naciones... pongo mis palabras en tu boca”* escuchará Jeremías. *“Tomó de la mano a Israel su siervo, acordándose de la misericordia”* exclamará María. Toda vocación cristiana es una llamada al servicio del pueblo de Dios y de nuestra sociedad.

La llamada del Señor es personal, dirigida en concreto a mí. No es una pura invitación a voleo. La Biblia subraya este carácter personal llamando a los elegidos por su nombre: Abraham, Moisés, Samuel, Simón, María... Yo con mis deseos y mis miedos, con mis cualidades y limitaciones, con mi historia pasada y mi futuro abierto, he sido llamado por una llamada que aconteció en un momento de mi vida, pero permanece para siempre. *“Señor: tú has dicho mi nombre”*.

Esta llamada del Señor hace diana en el centro de la persona y desde allí va transformando toda la vida del llamado por fuera y por dentro. Por fuera se rompen los planes previos (profesión, vida afectiva). Por dentro, el corazón queda "tocado". Nacen otros objetivos, otros motivos, otros valores. Nace un hombre nuevo, una mujer nueva. La Biblia refleja en ocasiones este nuevo nacimiento con un recurso: Dios cambia el nombre al llamado: Abrán es ya Abraham, Jacob es Israel, Simón es Pedro, Saulo es Pablo.

La llamada del Señor hace que los llamados, siendo iguales, seamos "diferentes". Nos convertimos como los profetas, como Jesús, en extraños entre los nuestros. Nuestro criterio y nuestra sensibilidad ante los bienes materiales, el poder, el éxito personal son diferentes de los imperantes. Nos entristecen la superficialidad religiosa, los ídolos de la gente, la insensibilidad para con los pobres. Esta extrañeza nos hace sufrir (cfr. Jn. 20,7-9)

La llamada del Señor postula la entrega de todo el corazón y de toda la vida del llamado. La irrupción de Jesús en nuestra vida es tal que ya no sabemos ni queremos ni podemos existencialmente dedicar nuestras energías a otros intereses que los vinculados a la llamada. Este es el caso de Pablo y de tantos otros. El Nuevo Testamento no conoce para los llamados una "electrólisis" entre mi vida privada y el cumplimiento de mi ministerio. Todo queda consagrado. Consagrarse es entregarse totalmente (toda la persona) definitivamente (para toda la vida) y exclusivamente (para un único servicio)

Una llamada tan radical despierta simultáneamente en nosotros el atractivo y el miedo, el deseo y la resistencia, el acelerador y el frenado del corazón humano. "Soy tartamudo" dirá Moisés. "Soy todavía un niño que no sabe hablar" responderá Jeremías. "Otro te ceñirá y te llevará a donde tú no quieres" escuchará Pedro. El miedo a "perderse a sí mismo" y el sentimiento de desproporción entre la magnitud de la tarea y la limitación e indignidad convierten el corazón del llamado en un campo de batalla. "Quiero vivir a mi aire, ser como todos". Y a pesar de todo vuelve la pregunta, el atractivo, el consuelo, la voluntad de entregarse.

Llamada acompañada de una promesa que se repite en el Antiguo y Nuevo Testamento: *"yo estaré contigo, con vosotros, hasta el final"*. No nos promete éxitos ni comodidades. Sí su apoyo y compañía constantes. Más bien nos asegura que habrá cruz. Pero también la alegría como estado habitual

Hermanos y amigos: hemos sido llamados, convocados. Seamos también vocantes e invocantes.